

al joven Haydn con Porpora á los baños de Manensdorf para hacer gala de los músicos de su capilla.

Haydn se convirtió desde el primer día en el lacayo del viejo Porpora, esperando así obtener sus lecciones, consiguiéndolo no sólo á fuerza de cuidados y atenciones, sino por el arte que poseía en acompañar las difíciles cantatas del maestro napolitano, en las que tanto se lucía su discípula Guillermina.

Corner al notar los progresos extraordinarios del joven compositor austriaco, le hizo una pensión de setenta y dos pesetas mensuales, que equivaldrían hoy al doble, y si con esto Haydn no era rico, ya la miseria no le acosaba.

Un día, una de las muchas piezas ó sonatas para piano que escribía para sus discípulos y que sin que él lo supiera ni imaginara corrían por la ciudad de copia en copia, fué á parar en manos de la condesa



BEETHOVEN

de Thun, dama de alto rango y apasionada por la música: se enamoró de aquella música, quiso conocer al profesor, le hizo buscar y le nombró su maestro. Desde este día Haydn pudo abandonar su desván y vestir con decencia.

Haydn, aguigoneado por la necesidad y por el fuego de su genio, comprendió que le era preciso salir del círculo en que había caído, y no sabiendo cómo llamar la atención de los directores de los teatros de Viena, compuso una serenata para tres instrumentos, y se fué á ejecutarla bajo las ventanas de la casa del director del teatro de la Puerta de Carinthia, Curtz. Este al oír aquella música tan original y tan nueva, salió á la calle, preguntó por el autor de la música, Haydn se dió á conocer, hizóle subir á su aposento el empresario y de él salió Haydn con el libreto del *Diablo cojuelo*, cuya música

escribió en pocos días, recibiendo por su tarea treinta y dos florines y los aplausos del público.

Sin embargo, el teatro y el género de música á que había pensado poder dedicarse, no convenían á Haydn, pero su *Diablo cojuelo* había contribuído á popularizar su nombre, y sus sonatas de piano que se vendían le hacían un nombre y le valieron el ser nombrado director de la orquesta del conde de Mortzin. Entonces pudo escribir su primera sinfonía,—1759.

Era una de las relaciones del conde el viejo príncipe Antonio Esterhazy gran señor y gran apasionado por la música. Oyó la sinfonía de Haydn, se prendó de ella y pidió á Mortzin que le cediera su maestro. Pero como Haydn estaba indispuerto aquel día y no pudo presentarse, la cosa quedó olvidada. Pero Friedberg, director de la orquesta del príncipe,





fanatizado por la música de Haydn, convenció á éste de que escribiera alguna pieza que él ejecutaría en el palacio de Eisenstadt, residencia del príncipe, para recordarle su promesa, y entonces Haydn escribió su sinfonía en do y en compás de dos por cuatro. Llegó el día del concierto, y apenas se hubo atacado el primer allegro, cuando el príncipe, interrumpiendo la ejecución de la obra, pidió por el autor. Friedberg respondió presentándole á Haydn:

—«¿Cómo,—dijo el príncipe,—este moro es el autor de esa música?—Haydn era muy moreno.—Pues bien, moro, desde este momento estás á mi servicio. ¿Cómo te llamas?»

—»José Haydn.

—»Pero yo recuerdo este nombre; tú eres de mi casa; ¿por qué no te había visto antes? Anda y vístete de maestro de capilla; no quiero verte así; eres demasiado pequeño; tu figura es desmedrada; toma un traje nuevo, una peluca de rizos, zapatos que sean bien altos á fin de que tu estatura corresponda con tu mérito y de vueltas y tacones rojos. ¿Lo entiendes? Marcha y que se te dé lo que digo.»

Esta curiosa escena de costumbres que recuerda lo que era la sociedad del siglo pasado el día 19 de Marzo de 1760, indica los grandes progresos realizados por nuestro siglo en la cultura social. ¿Qué príncipe, qué potentado, qué rey ó emperador hablaría hoy á Haydn como ese príncipe Esterhazy que ha pasado á la posteridad sólo por haber nombrado á Haydn maestro de su capilla?

Al año siguiente fallecía el viejo príncipe y su hijo menor Nicolás, sentía por Haydn, por el moro que así le llamaba la gente de la capilla, una pasión sin límites.

Desde este momento Haydn no tiene historia: durante veinticinco años no hizo más que vivir y trabajar, sin apuros de ninguna clase, sin más disgustos que los que le proporcionó su casamiento por gratitud con la hija del peluquero, sacrificio superior á las fuerzas de Haydn y que la hija de Reuter no supo apreciar; su tranquila y dulce existencia se difunde en todas sus obras que encantan por esa placidez que es un retrato fiel de su vida.

Pero su música y su fama corría el mundo. En 1784 de París le pidieron seis sinfonías; y al año siguiente un canónigo de Cádiz le pidió para la cuaresma *Las siete palabras* que Haydn estimaba como una de sus obras maestras. Sus amigos y admiradores le instaban para que saliera de su pueblo de Eisenstadt y se diera á conocer haciendo un viaje por el extranjero, pero nada podía decidir al buen Haydn á abandonar su pacífica residencia. Pero ocu-

rre de repente el fallecimiento de su querida y entonces es él quien siente necesidad de abandonar el país, y pasa á Inglaterra á dirigir los conciertos del *Hannover Square* fundados por Salomón.

El éxito de Haydn en Londres fué colosal desde su primera temporada,—1791.—Pero en la segunda,—1793,—el entusiasmo llegó al delirio en todas las clases sociales. La Universidad de Oxford ofreció á Haydn el título de doctor en música. El príncipe de Gales,—Jorge IV,—quiso tener su retrato pintado por Reynolds, el rey Jorge III hizo vivas instancias para que se quedase en Inglaterra, el director del teatro de Hay-Market le entregó el libreto de *Orpheo* que por fortuna no compuso: en fin, todo el mundo se disputaba el honor de la intimidad de Haydn, pero éste no pudo acomodarse á aquel mundo nuevo y regresó curado ya del corazón á su pacífico retiro, en donde continuó sus tareas por un momento interrumpidas.

A los sesenta y dos años se retiró del servicio del príncipe y fué á fijarse en Viena, en el barrio de Gumpendorf, en el camino de Schoenbrunn. Aquí vino á convencerle Van Swieten bibliotecario del emperador á que escribiese algo grande, tan grande como la *Creación*, y la *Creación* salió del cerebro de Haydn en 1798, causando un efecto impoderable. El éxito determinó la composición de las *Cuatro estaciones*.

Haydn envejecía y sus amigos y admiradores sintiendo que el gran hombre se iba á morir, quisieron despedirle haciendo ejecutar de una manera solemne y magistral en presencia suya la *Creación*.

Ciento setenta ejecutantes se reunían al efecto, en casa del príncipe de Lobkowitz, en cuyo gran salón se reunieron sobre mil quinientas personas. Haydn entró llevado en un sillón por los criados de la casa y la princesa Esterhazy y la señora de Kusbeck antigua discípula de Haydn salieron á su encuentro. La entrada se hizo al compás de la música y de las aclamaciones y aplausos de los reunidos, y se le llevó á un sitio de honor en donde estaba lo mejor de Viena. La orquesta la dirigía Salieri, y los principales cantantes de Alemania prestaban su concurso. La representación fué una ovación continua que acababa insensiblemente con las fuerzas del pobre anciano. Al retirarse de la misma manera que había entrado, saludó con una inclinación de cabeza á los allí reunidos, pero al pasar por delante de los ejecutantes de su Oratorio, levantó su diestra y los bendijo sin pronunciar palabra, pero con llanto en los ojos. Esta patética escena produjo un efecto inmenso.

Haydn había acabado, pero vivió todavía lo bastante para morir de angustia el día 31 de Mayo de 1809.

Napoleon no había en dicho año hecho más que correr de París á Viena, y desde el día 10 las granadas de los franceses caían por los alrededores de la casa de Haydn, quien empleaba el resto de sus fuerzas para sentarse al piano y cantar una y otra vez el himno nacional austriaco: *Dios salve á Francisco* que se sacó por los austriacos de uno de sus más bellos cuartetos. Cuando la guerra hubo terminado, y Viena vió de nuevo á los franceses, Haydn como no pudiendo sucumbir á tan grande dolor, cerró los ojos. Las circunstancias hicieron que su entierro pasase desapercibido. Cuando el tiempo mejoró se le hicieron suntuosos funerales y en ellos se canto el *Requiem* de Mozart.

¡Mozart! Hé aquí el gran nombre que eclipsó todas las reputaciones, el rey del Teatro lírico, en quien la inspiración de Italia, las delicadezas de Haydn y el sentimiento dramático de Glück, se reúnen para formar el genio más grande que hasta hoy ha tenido la música.

Mozart se apoderó del teatro en absoluto: las óperas de Haydn que no fueron pocas, ocho alemanas y catorce italianas, la mayor parte para el teatro del príncipe, su señor, no se atrevieron sino rara vez y aún alguna de ellas á presentarse en escena. Ya hemos dicho que Haydn no había nacido para el teatro. Su genio necesitaba de toda la libertad de la sinfonía para desarrollarse, igual en esto al coloso de la música á Beethoven. Faltábale expresión dramática, sentimiento, que le faltó también para sus composiciones religiosas que fueron raras, y esto con ser Haydn un devoto, pero hasta el punto de que cuando se sentía fatigado en el trabajo, ó contrariado, sacaba su rosario, rezaba, asegurando siempre formalmente que este medio no le había salido nunca fallido, y que en seguida recuperaba su inspiración.

«En la música instrumental, dice Fetis, las composiciones brillan con no sé qué puro sentimiento, verdadero, natural, que no se encuentra en ninguna otra parte. Mozart es más apasionado, arrastra más; Beethoven tiene más fuga, más energía, más fantasía, pero nadie posee ese encanto dulce y tranquilo, esta facilidad de convicción, ese sello de una alma pura, que se manifiesta en las obras de ese gran hombre. No obstante las transformaciones experimentadas por el arte, y las que aún le esperan, las producciones de Haydn para los inteligentes serán siempre tipos de un género de bellezas imperecederas.»

«En sus oratorios y en sus cantatas adquirió una justa celebridad aún cuando sea para los coros inferior á Haendel, por lo que toca á la elevación de las ideas y á la majestad del estilo.»

Júzguese, pues, cuán grande no había de ser el genio de Mozart para elevarse y dominar á hombres como Glück y Haydn.

Mozart nació en Salzburg, Baviera, en 1756. A los tres años su diversión favorita era buscar terceras en el piano, y cada vez que encontraba una prorrumpía en gritos de júbilo, así puede decirse que aprendió de música jugando, lo mismo que el dedeo del piano. A los cuatro años tocaba el piano con expresión y sentimiento, y componía minuetos y otras piezas ligeras que su padre escribía. La más intrincada lección de música y de piano, no le costaba más de media hora de trabajo.

A los seis años su padre lo presentó en Munich, delante del gran Elector tocó un concierto y salió proclamado maravilla. Algunos meses después llegaba á Viena, y el emperador quiso oírle. Se presentó en palacio, y como allí estaba el maestro de capilla del emperador Wageureil, le dijo:—«Caballero, voy á tocar uno de vuestros conciertos, hacedme el favor de volverme las hojas.» Este era Mozart en 1762.

Al año siguiente Mozart, padre, se llevó á sus hijos Juan y María, pues para ser María celebridad sólo le perjudicó la concurrencia de su hermano, á hacer una gran excursión artística; Munich, Augsburg, Mannheim, Maguncia, Francfort, Colonia, Aquisgran y Bruselas aclamaron al fenómeno de la música antes de llegar á París. De París, en donde recibió, como dice su padre, más besos que luises de oro, y en donde publicó sus dos primeras obras que intituló primera y segunda, escritas por J. G. Wolfgang. Mozart de Salzburg de edad de siete años, pasó á Londres en donde estuvo quince meses, pues las damas inglesas si no escaseaban sus caricias al niño prodigio, tampoco le escaseaban las libras esterlinas. De Londres pasó Mozart á la Haya, y hasta 1766 no regresó á Munich.

Vuelto á su hogar, continuó con alguna calma Mozart sus estudios; estudió á Haendel, á Manuel Bach, y al año siguiente,—1769,—principió á estudiar, siempre bajo la dirección de su padre, á los maestros italianos de canto de fines del siglo XVII y principio del XVIII, «de quienes, sin duda, aprendió,—dice Fetis,—el arte de hacer cantar las partes de una manera fácil y natural hasta en las más complicadas combinaciones, cualidad que le pone por

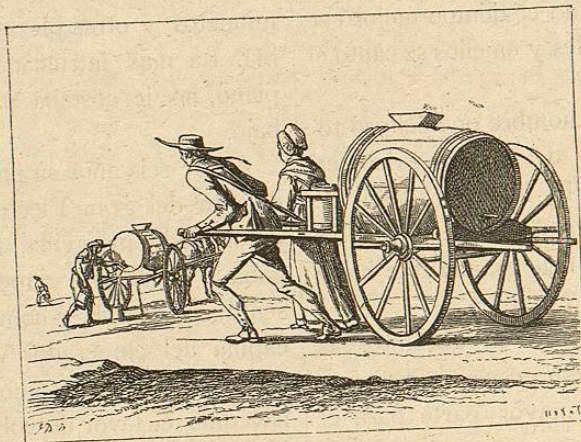


encima de todos los maestros alemanes de todas las épocas.»

Pero ni el padre ni el hijo podían estar por mucho tiempo tranquilos. A los siete meses de estar en Munich, salieron de nuevo para Viena los dos niños y su padre, pero las viruelas les hicieron escapar, pero al huir de Viena se llevaron el virus ó el microbio, como hoy decimos, pues al llegar á Olmütz en Moravia, cayeron enfermos los dos hermanos de viruelas malignas. Mozart estuvo nueve días privado de la vista.

De regreso á Viena el favor público fué tras él, y como al emperador se le ocurriera decir que le

gustaría ver á Mozart componer una ópera y dirigir una orquesta, el padre se tomó la cosa tan por lo serio, que se puso desde luego su hijo á trabajar la *Finta semplice*. Cuando esto se hizo público, todo fué hablar del gran acontecimiento que se anunciaba, y aún tratándose de un niño tan prodigioso, la envidia no pudo estar tranquila. Glück mismo se puso entre los que conspiraron contra el niño artista para que no diese fin á su trabajo. Los músicos declararon que no se dejarían dirigir por una criatura; los cantantes que no podían cantar una música que no tenía prosodia, todo lo cual fué más que suficiente para afligir á quien ya se llamaba Affligio, el empre-



Los oficios.—Por Challot

sario del teatro. Pero si no salió la *Finta semplice* que escribió Mozart, salió de esta larga estancia de Mozart en Viena su *Bastien y Bastienne*, pequeña ópera traducida del francés al alemán, una gran misa que dirigió personalmente en Enero de 1768 y otras muchas composiciones.

Repuesto un poco el presupuesto de la familia, regreso ésta á Munich, en donde Mozart se preparó para el viaje á Italia aprendiendo el italiano. En Diciembre de 1769, padre é hijo marchaban á la patria de la música y del canto. Mozart tenía trece años.

El viaje á Italia fué un portento. Todas las ciudades se apresuraban á festejar al precoz é incomprendible artista, cuyos conciertos mónstruos no eran capaces de ejecutar los más famosos maestros. El programa seguía, poco más ó menos, este orden en todas partes: 1.º Dos sinfonías, escritas por él mismo; 2.º Un concierto de piano á primera vista; 3.º Ejecución de la sonata que se le presentara trasportándola en el tono que se le pidiera; 4.º Aria ó canción improvisada y cantada por él sobre la letra que se le presentara; 5.º Sonata y fuga improvisada

sobre un tema dado; 6.º Sinfonía tocada al piano de la obra que se quisiera, sobre la particella del primer violín.

Con estos programas, cuya ejecución era una maravilla, no es de extrañar que las ciudades musicales de Italia concedieran á Mozart todos los honores, y que se le sometiera á pruebas rigurosas para aquilatar su capacidad musical, quedando todos sorprendidos de la manera como componía sobre géneros que le eran desconocidos. De su memoria musical, dió un ejemplo sorprendente. Estaba prohibido dar copias del *Miserere* de Allegri, que se ejecutaba en el Vaticano tan sólo. Mozart lo oyó no más que dos veces y á seguida lo ejecutó con la misma perfección que si tuviera delante la partitura.

Mozart salió aclamado como nadie lo hubiese sido antes de Italia, miembro de todas las Academias, caballero de la Espuela de oro por el Papa, título que no ostentó sino en el extranjero, distinguiéndose en esto del caballero Glück, que no podía sufrir que se lo apeasen, y de regreso á su patria en 1772, regresó áun nuevamente á Milán en ocasión de dar otra de sus óperas. *La Finta Giardiniera* que como

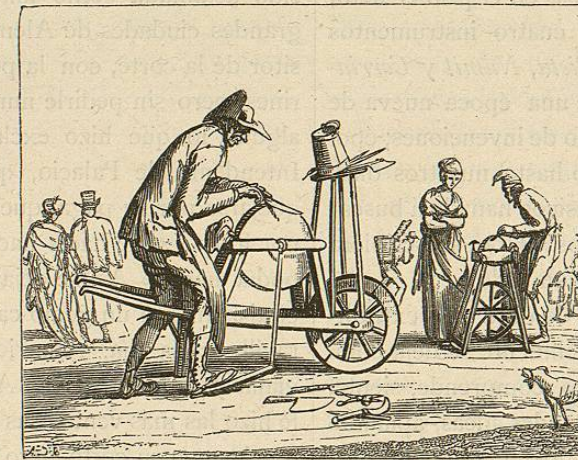
las que le habían pedido *Mitridates*, *Ascanio in Alba*, y *Lucio Lilla*, obtuvieron buen éxito. En 1774 Mozart compuso é hizo representar en Salzburg *Il Re pastore*.

Mozart, se creía después de tantos triunfos y después de tantos honores, con derecho á la plaza de maestro de capilla de Salzburg que se le negó en redondo. En el joven de diez y nueve años, que estos ahora contaba Mozart, se empeñaba aún todo el mundo, en ver al niño.

Huyó el gran artista de Salzburg, confiado que en Munich el Elector le acogería á su servicio, pero el Elector le hizo decir que era demasiado pronto,

que se fuera á Italia y se hiciera un nombre. Y hé aquí al hombre que más honores había recibido, no por su edad, sino por su mérito en Italia, solo, en las calles de Munich y teniendo que pensar en su subsistencia y en la de su madre que le acompañaba, porque á su padre no se le consentían ya más escapadas de la capilla de Salzburg por su obispo, y de aquella plaza dependía el sustento de la familia, pues Mozart había ahorrado poco por causa de sus viajes.

Mozart resolvió, pues, continuar su carrera vagabunda por el mundo, abandonó á Munich y se fué á Augsburg en donde dió un concierto que le valió



Los oficios.—Por Challot

un mundo de honores y distinciones, pero sólo noventa florines. En Manheim le fué aún más mal; mucha gloria y el regalo de un reloj de oro que le hizo el Elector palatino. Entonces resuelve ir á París en donde también nadie le hace caso. En Mayo del año 1778 escribía desesperado á su padre: «Si hubiese aquí álguien que tuviera orejas para oír, un corazón para sentir, y solo alguna idea del arte, me consolaría de todas mis desgracias; pero los hombres con quienes trato son unos animales en música.» El pobre joven no comprendía que si Glück se hacía aplaudir por solo haber intentado la revolución del arte musical dramático, él que representaba la revolución triunfante era imposible aún, incomprendible. Lo que quería Glück y más aún de lo que quería, Mozart se lo daba hecho al público de París que entendía que aquello era demasiado. En fin, para colmo de desdichas su madre fallece en París el día 4 de Julio de 1778. El día de su entierro, en ese París que tanto se había entusiasmado por el niño Mozart, no hubo más alma piadosa para acompañar al cementerio á la pobre madre y al do-

lorido hijo, que la posadera de los *Quatre Fils Aymon*, en donde estaba alojado Mozart y un amigo de éste, Heina.

Su padre le llamó á Salzburg, y allí, al fin, se le dió la plaza de organista de la corte,—1779,—y al año siguiente fué nombrado organista de la catedral, á esto había llegado Mozart á los veintitres años.

Mozart tenía admiradores en todas partes, su música se ejecutaba, pero nadie cuidaba de arrancar al gran artista de su banco del órgano de la catedral de Salzburg. Pero un día el príncipe electoral de Baviera, Carlos Theodoro, le llama para que le componga una ópera, *Idomenea*, ópera seria en tres actos, pero así como suena, una ópera escrita sobre la marcha, como si se tratase de un valz ó de una polca. Llamóle el príncipe en Noviembre de 1780, demos que fuese el día 1.º, pues el día 1.º de Diciembre siguiente, Mozart hacía ya ensayar los dos primeros actos de su ópera.

¿Qué es, qué representa *Idomenea*? «Una transformación completa del arte: es la creación original